



La Habitación de la Torre

13 cuentos de fantasmas

E. F. BENSON

E. F. Benson (1867-1940) fue, junto con M. R. James (1862-1936), uno de los maestros victorianos de la *ghost story*, un territorio del terror cuya exploración inició el gran escritor irlandés Joseph Sheridan Le Fanu. Benson y James pertenecían a la misma sociedad literaria de Cambridge, la Chitchat Society, y mantuvieron una buena relación durante cincuenta años. Al igual que James, Benson trata de alejarse de los escenarios clásicos de ruinas, pasadizos y tinieblas, para insertar el horror en las zonas pacíficas de la vida cotidiana, donde acechan las fuerzas de lo desconocido. No obstante, los cuentos de Benson —menos eruditos, menos elusivos, tal vez más inquietantes que los del Dr. James— insisten en la exploración de las zonas más oscuras de la psique humana, los fenómenos extraños y el mundo de los sueños, y consiguen transmitir a través de una escritura controlada y llena de recursos su emoción preferida —también la nuestra—: el terror. Presentamos, por primera vez en nuestro país, una colección de 13 cuentos de E. F. Benson: una inquietante «excursión/incursión» por la galería de los espectros. El verdadero aficionado a los exquisitos placeres del miedo, aquel que vendería su alma al diablo por un buen cuento de terror no debe perdersela: E. F. Benson le sorprenderá.

Estas historias han sido escritas con la esperanza de proporcionar algunos agradables estremecimientos al lector, de modo que, si por ventura, alguien estuviera ocupando en su lectura la media hora anterior al momento de irse a la cama, cuando la noche y la casa permanecen en silencio, tal vez podría echar alguna mirada ocasional a las esquinas y zonas oscuras de la habitación donde se encuentra, para asegurarse de que nada inusual acecha en las sombras. (Porque tal es el objetivo declarado de las historias de fantasmas, que tratan con las oscuras fuerzas de lo desconocido, y a veces —y de forma harto perturbadora— hacen que éstas se manifiesten. Por esta razón, el autor desea a sus lectores unos pocos momentos de inquietud.)

[E. F. BENSON]

LA HABITACIÓN DE LA TORRE

Es probable que todo aquel que fuera sobre todo un constante soñador, haya tenido al menos una experiencia de un evento o una secuencia de circunstancias que, luego de haber sido visionada en el sueño, se convirtiera en realidad en el mundo material. Pero, en mi opinión, no sería esto tan raro; más extraño sería si el cumplimiento no ocurriera inmediatamente, ya que nuestros sueños son, como regla, concernientes con gente que conocemos y lugares que nos son familiares, tales como los que estamos durante la vigilia. En verdad, estos sueños son casi siempre interrumpidos por algún incidente absurdo y fantástico, que los pone en un tapete de espera para su subsiguiente cumplimiento, pero en el mero cálculo de posibilidades, parecería improbable que al menos un sueño imaginado por alguien que constantemente sueña, de manera ocasional se hiciese realidad.

No hace mucho, sin embargo, experimenté el cumplimiento de un sueño que me pareció nada remarcable y no tener significancia psíquica alguna. Ésta es la historia.

Un cierto amigo mío, que vive en el extranjero, es tan afecto que me escribe casi cada quincena. Así, que cuando han pasado catorce o quince días desde la última vez que tuve noticias de él, mi mente, probablemente, tanto consciente

como inconscientemente, está expectante de una carta de él.

Una noche, durante la semana pasada, soñé que subía para vestirme para la cena y escuchaba, o creí escuchar, el golpe del cartero en la puerta de calle. Así que en vez de subir, bajé y me encontré con, entre la correspondencia, una de sus cartas. Aquí es donde lo fantástico entra a jugar, ya que al abrir su carta, encontré dentro el as de diamantes, y escrito con su letra característica: «Te lo envío para que lo custodies, ya que como tú sabes, corro un gran riesgo si guardo ases en Italia». A la noche siguiente, me estaba preparando para ir arriba y cambiarme, cuando escuché el típico golpe del cartero, e hice precisamente lo que en mi sueño. Por supuesto, entre otras cartas, estaba la de mi amigo. Solamente que la suya no contenía el as de diamantes. No tengo duda alguna sobre que yo esperaba, consciente o inconscientemente una carta de él, y esto me fue sugerido a través del sueño. Lo mismo que el hecho que mi amigo no hubiera escrito por espacio de dos semanas, me sugestionó a esperar su misiva.

Pero no siempre es tan sencillo encontrar una explicación, y la siguiente historia no parece tener explicación posible. Me vino desde la oscuridad, y hacia la oscuridad se ha ido de vuelta. Toda mi vida he sido habitualmente un soñador: pocas fueron las noches, debo decir, que no propiciaron a la mañana siguiente haberme despertado con el recuerdo de alguna experiencia mental. Algunas veces, durante toda la noche, en apariencia, vivía una serie de apasionantes aventuras. Casi sin excepción, estas aventuras fueron placenteras, y a menudo meras trivialidades. La única excepción es el hecho que voy a narrar.

Fue cuando tenía unos dieciséis años que comencé a tener cierto sueño. Comenzaba conmigo sentado a la puerta de una gran casa de ladrillos rojos, donde sabía que tenía que estar. El sirviente que me abrió la puerta, me dijo que el té sería servido en el jardín y me llevó a través de un ves-

tíbulo de paneles oscuros, con una gran chimenea sobre un alegre césped en todo el alrededor. Había un pequeño grupo de personas en torno a la mesa del té; pero todos me eran por completo extraños, a excepción de uno, que era un ex compañero del colegio, llamado Jack Stone, que me pareció era el chico de la casa, y él me presentaba a sus madre y padre y a un par de hermanas. Recuerdo que yo estaba algo así como sorprendido por encontrarme en ese lugar, ya que al muchacho en cuestión apenas lo conocía, y me era desagradable; era más, él había abandonado la escuela hacia cosa de un año. Hacía bastante calor, y reinaba una intolerable opresión en el lugar. A un lateral del jardín había una pared de ladrillos rojos, con una puerta de hierro en su centro, fuera se veía un nogal. Nos sentamos a la sombra de la casa, frente a una hilera de largas ventanas, dentro de las que pude ver una mesa con un mantel, llena de objetos de plata y de cristal. Este jardín frente a la casa era muy largo, y al final del mismo se erguía una torre que tenía tres pisos, que me pareció mucho más antigua que la casa.

Mrs. Stone, que, como el resto de los concurrentes, estaba sentada en absoluto silencio, me dijo: «Jack te mostrará tu cuarto: yo te di el cuarto en la torre».

Inexplicablemente, con sus palabras, el alma se me fue al piso. Me sentí como si ya hubiera conocido el cuarto en la torre, y como que allí había algo espantoso. Jack se paró instantáneamente, y yo comprendí que tenía que seguirlo. En silencio pasamos a través del vestíbulo, y subimos una gran escalera de roble, con muchas esquinas, llegando por fin a un pequeño pasillo con dos puertas. Él abrió una de las puertas para mí, y yo entré, luego de lo cual, él la cerró. Fue entonces que me di cuenta que la anterior conjetura estaba correcta: había algo desagradable en la estancia, y con el terror de la pesadilla que me envolvía, desperté en espasmos de pánico.

Este mismo sueño, o variaciones del mismo, fue el que experimenté con intermitencias, durante quince años. Muy a menudo sucedía exactamente de esta manera: el arribo, el té en el jardín, el silencio mortal quebrado por una sentencia mortal, la subida con Jack Stone hacia el cuarto en la torre, donde estaba el horror, y, al final, siempre llegaba a acercarme al terror, aunque nunca pude ver qué era con exactitud. Otras veces experimentaba variaciones sobre el mismo tema. Ocasionalmente era que estábamos sentados a una mesa, la misma que se veía a través de la ventana por el jardín. Sin embargo el silencio sepulcral era siempre el mismo, la misma sensación de opresión y aburrimiento. Y el silencio siempre era roto por Mrs. Stone que me decía: «Jack te mostrará tu cuarto: te di el cuarto de la torre». Luego de esto (esto era invariable), tenía que seguir a Jack a través de la escalera de roble, con muchas esquinas y entrar en ese mismo lugar, que cada vez odiaba más y más. O, de nuevo, podía ser que estaba jugando a las cartas en un cuarto con inmensos candelabros, los que daban una iluminación lúgubre. Qué juego era, no tenía idea; lo que sí recuerdo, con una sensación de miserable anticipación, es que pronto Mrs. Stone se pararía y me diría su «Jack te mostrará tu cuarto: te di el cuarto en la torre». Esta estancia donde jugábamos a las cartas era la habitación siguiente del comedor, y siempre estaba iluminado, aunque el resto de la casa permanecía siempre en penumbras. Y aún, a pesar de estos *bouquets* de luces, no podía darme cuenta de las cartas que me habían tocado, ya que por alguna razón no podía distinguirlas. Sus diseños, también, me eran extraños: no había colores rojos, sino que todas eran negras, y entre ellas había ciertas cartas que eran todas negras. Odiaba y temía aquello.

A medida que el sueño se hacía recurrente, iba conociendo la mayor parte de la casa. Más allá del cuarto de juegos, al final de un pasillo tras una puerta revestida de paño verde, había un salón de fumar. A los personajes que

poblaban este sueño también les pasaban curiosos acontecimientos, como si fueran gente viva. Mrs. Stone, por ejemplo, que, cuando la vi por primera vez, tenía cabello oscuro, se había encanecido, y su voz, al principio enérgica, se había debilitado, como si la fuerza abandonara sus labios. Jack también creció, y se convirtió en un tipo enfermizo, con un bigote marrón, mientras una de sus hermanas dejó de aparecer, y comprendí al tiempo que se había casado.

En un momento pasó que no tuve este sueño por un lapso de unos seis meses o un poco más, y comencé a esperar, inexplicablemente, que lo había superado, y que se había ido para siempre. Pero una noche, luego de este intervalo, nuevamente regresé al jardín del té, y Mrs. Stone ya no estaba allí, mientras todos los demás estaban vestidos de negro. Al momento adiviné la razón, y mi corazón dio un brinco, ya que tal vez en esta ocasión, no tendría que ir a dormir al cuarto de la torre. Como era usual, todos estaban sentados en silencio, pero en esta ocasión, el sentimiento de alivio me hizo hablar y reír como nunca antes lo había hecho. Pero los demás no se sentían igual, ya que nadie habló, limitándose a mirarse entre ellos en forma furtiva. Y cuando el raudal de mi conversación enmudeció, paulatinamente me fue asaltando una aprehensión peor que cualquier otra que previamente hubiera experimentado en aquella casa, hasta que la luz se extinguió.

Súbitamente una voz rompió la quietud, era la voz de Mrs. Stone, diciendo:

«Jack te mostrará tu habitación: te di el cuarto en la torre». Pareció como si surgiera desde algún lugar cercano a la puerta de hierro en la pared de ladrillos rojizos, y mirando hacia allí, vi entre la hierba la presencia de unas tumbas. Una curiosa luz gris emanaba de cada sepulcro, y pude leer el epitafio de la lápida más cercana, que decía: «En maldita memoria de Julia Stone». Y como era usual, Jack se levantó, y nuevamente lo seguí a través del vestíbulo y por la escalera con muchas esquinas. En esta ocasión todo estaba

mucho más oscuro que lo habitual, y al entrar en el cuarto, sólo pude ver los muebles, la posición de aquellos que me eran familiares. También había un aroma a descomposición en la estancia, y esa noche me desperté gritando.

El sueño, con algunas variaciones y circunstancias, como las que he mencionado, siguió, con intervalos, por quince años. Algunas veces lo soñaba durante tres noches seguidas; otras veces, como narré, había recesos de seis meses, sin embargo, para tomar un promedio, podría decir que lo soñé tan periódicamente como una vez al mes. El sueño siempre terminaba en pesadilla, ya que la entrada en el ominoso cuarto me provocaba cada vez más temor. Había algo, también, una extraña y pavorosa coherencia sobre ello. Los personajes, como he mencionado, iban envejeciendo, y la muerte y el matrimonio visitaban a esta silenciosa familia. Jamás volví a ver en el sueño a Mrs. Stone. Pero siempre era su voz la que me informaba que el cuarto en la torre estaba preparado para mí, y tanto la escena estuviera en un té en el jardín, o en cualquiera de las otras habitaciones de la casa, siempre veía su tumba junto a la puerta de hierro. Pasaba lo mismo con la hija que se casó; usualmente ella no estaba presente, pero cada tanto, regresaba acompañada por un hombre, que supuse sería su marido. Él, al igual que los demás, permanecía siempre en silencio. Debido a la constante repetición del sueño, le comencé a restar importancia. Nunca volví a ver a Jack Stone durante todos aquellos años, y jamás vi ninguna casa que me diera la impresión de parecerse a la temible casa del sueño. Hasta que algo pasó.

Este año estuve en Londres hasta fines de julio, y durante la primera semana de agosto me instalé con un amigo en una casa que había rentado por el verano, en el bosque de Ashdown, en el distrito de Sussex. Partí de Londres temprano, ya que John Clinton me esperaba en la estación Forest Row, para ir a jugar al golf, y marchar a su casa por la noche. Él estaba con su automóvil, y alrededor de las cinco

de la tarde, luego de un día esplendoroso, partimos ya que teníamos que recorrer unas diez millas. Como llegamos tan temprano, no tuvimos el té en el club, así que esperamos a llegar a casa. A medida que íbamos por la carretera, el clima, que hasta el momento estaba si bien cálido, con brisas frescas, comenzó a estancarse y a darme una sensación de opresión, tal y como la ominosidad que siento antes de un trueno. John, sin embargo, no compartía mi sensación, atribuyendo mi pérdida de claridad a que había caído derrotado en el juego. Los siguientes eventos probaron que yo tenía razón, aunque no creía que los nubarrones que hubo esa noche fueran la única causa de mi depresión.

Nuestro camino a través de poco transitadas sendas, me indujo a una somnolencia y posterior sueño, del que sólo desperté cuando John detuvo el motor del automóvil. Y con súbita emoción, mayormente de temor, pero también de curiosidad, me encontré parado frente a la puerta de la casa de mi sueño. Entramos y yo me preguntaba si esto no sería también un sueño, mientras caminaba a través del vestíbulo con grandes paneles de roble, y al llegar al jardín, donde el té había sido servido a la sombra de la casa. Al fondo estaba la pared de ladrillos rojos, con una puerta en ella, y también estaba el nogal erguido en una parte del césped. La fachada de la casa era muy larga, y al final de la misma se veía la torre con los tres pisos, que parecía ser más antigua que el resto de la construcción.

Aquí cesaban todos los parecidos con el sueño tantas veces repetido en mi mente. No había ninguna silenciosa familia, sino en cambio una gran asamblea de excitadas y alegres personas, todas las cuales me eran conocidas. Además no sentía ninguna opresión ni temor, como la que en el continuo sueño me asaltaba. Sin embargo estaba con mucha curiosidad acerca de lo que iba a pasar.

El té prosiguió su alegre curso, y en determinado momento Mrs. Clinton se paró. Y en ese momento yo supe qué era lo que me iba a decir. Ella me habló y me dijo:

«Jack te mostrará tu cuarto: te di el cuarto en la torre».

Y por medio segundo, el horror del sueño me atacó de nuevo. Pero esta aprehensión pasó rápidamente, y de nuevo no sentí más que una intensa curiosidad. Y no pasó mucho hasta que ésta fue totalmente satisfecha.

John se volvió a mí.

«Justo en el techo de la casa», me dijo, «pero creo que estarás cómodo».

«Estamos con todas las habitaciones ocupadas. ¿Te gustaría ir a verla ahora? Por Dios, creo que tenías razón, vamos a tener tormenta eléctrica.

»Qué oscuro se está poniendo».

Me levanté y lo seguí. Pasamos a través del vestíbulo, y por la ya perfectamente familiar escalera. Entonces él abrió la puerta, y entré. Y en ese momento un terror puramente irracional se apoderó de mí. Y no sabía a qué le temía: simplemente temía. Fue como un recuerdo súbito, cuando uno recuerda un nombre que hacía tiempo se le había escapado de la memoria, y supe a qué le temía. Le temía a Mrs. Stone, cuya tumba tenía la siniestra inscripción «En maldita memoria», tantas veces había visto en sueños, casi sobre el césped que yacía justo bajo mi ventana. Y entonces, una vez más, el temor se esfumó por completo, a tal punto que me estaba preguntando qué era a lo que temía, y me sentía tranquilo y calmado, en el cuarto de la torre, el nombre que tantas veces había escuchado en mi sueño, y la escena que ya me era familiar.

Miré alrededor con cierto derecho de propiedad, y me di cuenta que nada había sido cambiado del sueño nocturno que conocía tan bien. A la izquierda de la puerta estaba la cama, longitudinalmente con la pared, con la cabeza apuntando al ángulo. Alineada a la misma estaba la chimenea y un pequeño armario de libros; opuesta a la puerta, la otra pared estaba atravesada por dos ventanas enrejadas. Entre las mismas había una mesa de tocador, en tanto que alineada con la cuarta pared había una cubeta para

lavarse. Mi equipaje ya había sido desempacado, ya que mis prendas estaban ordenadas sobre el cobertor de la cama. Y entonces, con un súbito e inexplicado desfallecimiento, vi que había dos objetos conspicuos que no había visto antes en mi sueño: uno era una gran pintura al óleo de Mrs. Stone, y el otro era un dibujo en blanco y negro de Jack Stone, representándole tal y como se me apareció en la última serie de estos sueños recurrentes que había tenido la pasada semana, un hombre de unos treinta años con apariencia maligna. Su retrato colgaba entre las ventanas, mirando derecho a través de la habitación hacia el otro cuadro, que colgaba a un costado de la cama. Y nuevamente volví a experimentar el horror de la pesadilla que me atenazaba.

Representaba a Mrs. Stone como la había visto por última vez en mi sueño: vieja con el cabello encanecido. Pero en vez de la evidente debilidad del cuerpo, la pintura mostraba una espeluznante exuberancia y la vitalidad brillaba a través de la cobertura de la carne, una exuberancia por completo maligna, una vitalidad que burbujeaba con inimaginable maldad. El mal resplandecía desde esos angostos ojos; y en su boca tenía una sonrisa demoníaca. El rostro entero estaba llevado por una horrorosa y sobrecogedora hilaridad; las manos, una encima de la otra sobre la rodilla, parecían conmocionadas con una inenarrable jovialidad. Entonces vi la firma del cuadro, en la esquina inferior izquierda, y, preguntándome quién habría sido el artista, me acerqué más para poder echar un vistazo, y leí la inscripción: «Julia Stone por Julia Stone».

Hubo un golpe en la puerta, y John Clinton entró.

«¿Necesitas algo más?» me preguntó.

«Mucho menos que lo que tengo,» dije, apuntando al retrato.

Se rió.

«Una vieja y severa señora,» dijo, «de cualquier manera, ella no puede estar muy halagada».

«¿Pero, no lo ves?» cuestioné. «Apenas es un rostro humano. Es la cara de alguna bruja o algún demonio».

Él miró el cuadro de más de cerca.

«Sí, no es muy agradable», dijo. «Al lado de la cama, ¿eh? Sí; me imagino la pesadilla que voy a tener si llego a dormir con esto tan cerca de mi cama. Lo bajaré si quieres».

«Realmente deseo que lo hagas,» dije. Él tocó la campana, y con la ayuda de un sirviente, removimos el retrato y éste fue llevado fuera, al pasillo, y puesto el rostro contra la pared.

«Por Dios, la vieja señora es bastante pesada,» dijo John, secándose la frente. «Me pregunto si ella tendría algo en mente».

El extraordinario peso del cuadro también me había molido. Estaba a punto de replicar, cuando me miré la mano. Había una considerable cantidad de sangre, que me cubría toda la mano.

«Me corté con algo,» dije.

John pegó una pequeña exclamación.

«¿Cómo puede ser? Yo también,» dijo.

Simultáneamente el sirviente sacó su pañuelo y le vendó la mano. Vi que también la mano del lacayo estaba sangrando.

John y yo salimos del cuarto y fuimos a enjuagarnos la sangre; pero ni en su mano ni en la mía había rastros del menor raspón. Me pareció que, habiéndonos cerciorado de ello, ambos, por una especie de tácito consentimiento, no nos referimos al hecho de nuevo. En mi caso, algo se me había ocurrido y no deseaba pensar sobre ello. Era sólo una conjetura, pero supuse que la misma cosa le había ocurrido a él.

El calor y la opresión del aire, por la tormenta que esperábamos y que aún no se había desencadenado, se incrementó mucho luego de la cena, y luego la concurrencia, entre los que nos contábamos John Clinton y yo, nos senta-

mos fuera, en el jardín, donde habíamos tomado el té. La noche estaba absolutamente oscura, y no había estrellas o luna que pudiera penetrar el paño mortuorio que opacaba el cielo. Paulatinamente, nuestra reunión se fue despejando, las mujeres se fueron retirando a dormir, los hombres se dispersaron hacia el salón de fumar o al cuarto del billar, y a eso de las once de la noche mi anfitrión y yo quedamos solos. Toda la noche estuve cavilando que él tendría algo en mente, y en cuanto estuvimos solos, hablé.

«El hombre que nos ayudó a cargar el cuadro, tenía sangre en su mano, ¿lo notaste?» dijo.

«Le pregunté si había sido él quien se había cortado, y me dijo que supuso que sí, pero al final no pudo encontrarse ninguna herida. Ahora bien, ¿de dónde provino la sangre?».

De golpe al decirme esto, echaba por tierra todos mis propósitos de no acordarme del tema, especialmente justo antes de ir a dormir.

«No lo sé», dije, «y realmente no quiero averiguarlo en tanto que el cuadro de Mrs. Stone no esté cerca de mi cama».

Él se paró.

«Pero es raro,» dijo. «¡Ha! Ahora verás otra cosa extraña».

Su perro, un terrier irlandés de raza, había salido de la casa cuando estábamos hablando. La puerta detrás nuestra, hacia el vestíbulo, estaba abierta, y una luz iluminaba el jardín hasta la puerta de hierro que daba afuera, donde el nogal estaba plantado. Vi que el perro estaba encrispado y con todos sus pelos erizados, sus labios doblados hacia afuera de su dentadura, como si estuviera listo para brincar sobre algo, gruñendo solo. Fue como si no se diera cuenta de la presencia de su amo o la mía, y se quedó tensamente dando vueltas en torno al césped frente a la puerta.

Luego se detuvo por un momento, mirando a través de los barrotes, aunque continuó gruñendo. Después pareció

como si su coraje lo abandonara: pegó un largo aullido, y corrió de nuevo a la casa con un curioso paso.

«Lo hace una media docena de veces por día», dijo John. «Parece que ve algo que odia y teme».

Caminé hacia la puerta y miré a través de ella. Algo se movía fuera, entre las matas de pasto, y pronto llegó a mis oídos un sonido que no pude identificar inmediatamente. Luego recordé qué era: el ronroneo de un gato.

Prendí una linterna y vi qué era lo que ronroneaba: un gran gato persa que daba vueltas alrededor de un pequeño círculo frente a la puerta, con la cola flameando como una bandera. Sus ojos estaban brillantes, y a cada rato bajaba su cabeza y olisqueaba el césped.

Me reí.

«El fin del misterio, me temo», dije. «Aquí está este gato enorme, el origen de todas las noches de Walpurgis».

«Sí, éste es Darius», dijo John. «Se pasa medio día y el resto de la noche ahí. Pero éste no es el fin del misterio del perro, ya que Toby y él son los mejores amigos. Aquí comienza el misterio del gato. ¿Qué es lo que hace ahí? ¿Y por qué Darius está complacido y Toby aterrorizado?».

En ese momento recordé aquel horrible detalle en mi sueño, cuando veía la puerta, justo donde el gato estaba ahora, la blanca lápida con la siniestra inscripción. Pero antes que pudiera responder a mi pregunta, comenzó el aguacero, súbita e intempestivamente, como si se hubiera destapado el cielo, y simultáneamente el gran gato saltó a través de las rejas de la puerta de hierro, y corrió por el jardín hasta la casa en busca de refugio. Luego se sentó en el portal y se quedó mirando ansiosamente a la oscuridad.

De alguna manera, con el retrato de Julia Stone fuera, en el pasillo, el cuarto en la torre no me alarmaba en absoluto, y cuando fui a la cama, me sentía con mucho sueño y cansancio. No sentía más que curiosidad por el incidente de las manos manchadas de sangre, y por la conducta del gato y del perro. La última cosa que vi antes de apagar la